

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

HOMENAJE A DON FERNANDO COLÓN

EN EL IV CENTENARIO DE SU MUERTE

I

Algo de Fernando Colón

Plumas más bien cortadas y diestras que la mía en esta Real Academia escribirán sobre la fuerte personalidad de Fernando Colón. Son muchos los puntos de vista que ofrece a los escritores tan elevada figura: su vida cerca de los Reyes Católicos; los viajes a América con su padre y su hermano Diego; sus excursiones por África y Asia, y las que hizo a Italia, Flandes y Alemania acompañando a Carlos V; la participación que tuvo en los pleitos de su familia contra la Corona y, sobre todo, la magna obra de crear en Sevilla la espléndida *Biblioteca Colombina*, que es uno de los grandes tesoros intelectuales sevillanos, son todos motivos más que suficientes para que todos los doctos de esta Casa hagan estudios y publiquen trabajos en honor del hijo de Cristóbal Colón y de doña Beatriz Enríquez.

Yo voy sólo a decir dos palabras sobre un tema que también interesa a los españoles.

El mundo civilizado antes del Descubrimiento de América es, como vulgarmente se dice, un pañuelo: Europa y un poco de Asia eran la sede única de la civilización.

En África los portugueses discípulos de la admirable escuela de Sagres, creada cerca del cabo Santa María por don Enrique el Navegante hacen interesantísimos descubrimientos por la costa occidental africana, y Gil Eanes pasa el cabo *Bojador*, Nuño Tristán rebasa el cabo *Blanco*, Diniz Díaz el cabo *Verde* y sucesivamente Pedro de Cintra, Escobar, Santarem y Estévez llevan sus exploraciones hasta el ecuador.

Luego los marineros que secundan las iniciativas de la *Junta de Matemáticos* de don Juan II, al través de más de setecientas expediciones, llegan, con el maravilloso nauta Bartolomé Díaz, a las aguas del Océano Índico después de sobrepasar el cabo de Buena Esperanza. Todo este magnífico siglo XV portugués consigue una faja litoral de cultura en África, pero la inmensidad del continente negro queda virgen, inexplorado, y absolutamente salvaje.

Tal es el estado del mundo cuando España servida por Cristóbal Colón descubre a América.

Este suceso central en la historia del progreso humano ha dado lugar a las siguientes realidades:

1.^a El Atlántico, o sea el mar Tenebroso, no es ya un mar trágico de leyendas medrosas como lo era antes del viaje de las Carabelas. La fiera atlántica ha sido domesticada por los españoles.

2.^a Del polo norte al sur es un hecho real la existencia de un continente de cuarenta millones de quilómetros cuadrados, que es un regalo que España le ha hecho a la geografía del mundo.

3.^a Consecuencia de este Descubrimiento es el hallazgo del Pacífico y el surgir a la vida de la civilización una miriada de islas de la Oceanía.

4.^a Ya se ha podido dar la vuelta al mundo.

5.^a Se demuestran prácticamente los errores cosmográficos

y se comprueban los principios de la ciencia nueva en el sentido moderno de la palabra.

6.^a Se blanquea la raza cobriza, que por el sacrificio y la generosidad de España pasa de oscura e inferior, a la categoría de raza superior y blanca.

7.^a A la dilatación material de los meridianos y paralelos del planeta va a seguir con el Descubrimiento de América la expansión del mundo de las ideas. El concepto antiguo de la vida, encerrada en unos límites que dieron a la cultura, a las relaciones sociales, a las artes, al comercio y a la invención humana un estatismo de lento avance, cambiará inmediatamente de modo de ser. Las ideas van a volar desde la serena tranquilidad de los viejos nidos a la inquietud averiguadora de la Edad Nueva. Al suave calor del nidal clásico, va a seguir la fiebre creadora que necesita aire, luz y alas para cruzar la redondez del planeta, dejando sobre los continentes y los mares una estela de afanes humanos que llevan dentro la necesidad imperiosa de luchar, vencer, superarse y poner en los valores nuevos del mundo un deseo insaciable de ir siempre más allá, unas veces tras el progreso, otras tras la locura.

Tiene, pues, el Descubrimiento de América una importancia tan exageradamente excepcional, que todo lo que se relaciona con él toma dimensiones desacostumbradas y prestigios que están fuera casi de las órbitas humanas.

Fernando Colón tiene una robusta personalidad literaria y científica propia, pero su figura se multiplica por diez porque es hijo del mago creador de la expedición descubridora del nuevo mundo y todo lo que tiene tangencias con la invención de América, participa de la honra esplendorosa del hecho cumbre.

Fernando Colón recibe la luz del lucero de su padre, y la figura del hijo, de suyo grande, se ennoblece y brilla más.

Y hé aquí, señores académicos, que yo, descubierto, inclinado reverente ante el creador de la Biblioteca, porque 20.000 volúmenes, muchos anotados por él, significan en aquellos tiempos una cultura superior y un espíritu superior también, tengo que criticar algo de sus ideas colombinas, porque este buen hijo don Fernando, para exaltar y defender a su padre, dice cosas molestas contra los españoles. Los enemigos de

España, de su imperio, de su catolicismo, de su gloriosa hegemonía mundial; los forjadores de la leyenda negra contra nuestra patria, se echaron como buitres hambrientos sobre la carne muerta de los errores del P. Las Casas y de Fernando Colón. La envidia se apoderó de las equivocaciones de esos dos hombres buenos y sobre ellas construyeron los pilares de nuestro absurdo descrédito colombino y americano.

Del Padre Las Casas sabemos que su encendido amor a los indios y la sensibilidad de su caridad admirable, le hacían un defensor tan acérrimo de los cobrizos, que la más insignificante vejación hecha a alguno de ellos exaltaba al buen religioso y producía sentidas quejas a las autoridades exagerando los hechos. En su libro *Destrucción de Indias* pone millones y millones de indios muertos por los españoles. La crítica moderna ha demostrado que en los terrenos ocupados en América por España en tiempos del P. Las Casas no hubo jamás el número de millones de indios que Fray Bartolomé supone muertos por nosotros. Es decir, que si fuera cierta la acusación hubiera quedado extinguida la raza cobriza y aun sobrarian millones de muertos, que lo fueron sólo por la pluma del ilustre fraile, tan digno de recordación en otros interesantes aspectos colonizadores.

Carlos Pereira en su obra *Las huellas de los Conquistadores*, libro de oro y de luz, demuestra la inocentada del hombre que por amor a los indígenas lanzó sus exageraciones, aprovechadas después por los enemigos de España.

Fernando Colón, para levantar el concepto público e histórico de la persona de su padre, escribe de él las cosas que un buen hijo y un buen español deben decir de Cristóbal Colón; a saber: que era un genio, que la sabiduría y la ciencia colombinas eran superiores, que su figura era colosal como náutico, como maestro de la cosmografía, y que el descubrimiento de América le ponía a cien codos por encima de los personajes de su tiempo.

Para demostrar esto Fernando Colón no encuentra procedimiento mejor que rebajar a los españoles del siglo XV, como si por esto fuera a hacerse más grande la personalidad gloriosa de su padre.

Por dos conceptos ataca a los españoles: por ignorantes, y por no haber ayudado a Colón en los términos que su empresa merecía. ¿Que éramos ignorantes los hijos de España?

En las actividades que atañen a la cosmografía y náutica los españoles sabíamos muchas cosas, a pesar del juicio de Fernando Colón. Las diré brevemente.

Conocían los españoles la esfericidad de la tierra.

Sabían que siendo esférico el planeta se podía ir a Oriente por Occidente.

Estaban en posesión de la ciencia de Aristóteles, que en estas materias cosmográficas fué traducido por los árabes españoles.

Sacrobusto, fraile inglés del siglo XIII, da al meridiano terrestre un valor equivalente a los cuarenta mil quilómetros de la realidad científica. Sacrobusto era un discípulo de los árabes de Toledo y de Andalucía. En esto de la medida del meridiano Eratóstenes, el gran maestro de la geografía griega, había fijado la misma dimensión que Sacrobusto, y lo había hecho en plena edad antigua.

En España los árabes y los judíos españoles, con los escritores cristianos, hicieron la verdadera restauración de la ciencia antigua, no sólo traduciéndola y esparciéndola por el mundo, sino perfeccionando las ideas geográficas de los libros de Ptolomeo. Nosotros modificamos el astrolabio plano del sabio de Alejandría; enriquecimos la descriptiva con mapas cien veces más perfectos que los de la antigüedad, y aplicamos en Occidente la brújula inventada en Oriente, montando la aguja sobre un eje que le permitía girar libremente. Además hicimos la aplicación de los grados de la circunferencia a la brújula, perfeccionando el interesantísimo descubrimiento.

El maestro Azarquiel, de Toledo, inventa y construye aparatos geodésicos y náuticos, mientras el gran Gebri, de Sevilla, inspiro la escuela sevillana del siglo XI.

En el siglo XII Averroes monopoliza la ciencia aristotélica, y es muy tenido en cuenta cuando en el siglo siguiente, reunidos los sabios bajo los auspicios del rey Alfonso X, se producen los *Libros del saber de Astrología*, que con *El Astrolabio* y las *Tablas Alfonsinas* forman la más sabia lección y la más grande obra de la cosmografía de los tiempos medievales.

Finalmente merecen recordación el Marqués de Villena y su tratado de Astrología. Abraham Zacuto, que es el autor de un procedimiento admirable para determinar la latitud. Nebrija sobresale en la náutica y los maestros Bernáldez, Marquina, Yerba y Ciruelo ilustran la cátedra de la ciencia española.

Entre los amigos de Colón los hay que saben de navegación, geografía y cosmografía tanto o más que él, y merecen los elogios de la Historia el franciscano Antonio de Marchena, peritísimo en todos conocimientos del arte de navegar; Martín Alonso Pinzón, que había estudiado en Roma cartas náuticas de extraordinario interés y que comparte con el Almirante las glorias y las fatigas del viaje descubridor; y su hermano Vicente Yáñez, que cuando se perdió en la Española la carabela *Santa Marta*, y la *Pinta* desapareció en el mar de las Antillas, sin que se supiera de su paradero, en el pequeño barco la *Niña* trajo a España a los hombres de la expedición y a los productos americanos demostrativos del Descubrimiento, sorteando de modo que admiraba a Colón los trágicos incidentes de la tempestad famosa del viaje de vuelta.

Entre los cartógrafos de la náutica descuellan los autores de los portulanos, en cuya disciplina son los más grandes maestros los españoles.

La carta náutica presupone el mapa ordinario, pues añadiendo en él los vientos y las corrientes, se forman rumbos o sea verdaderos caminos en el agua, tan precisos como los caminos terrestres.

Aparte de la famosa carta *Mogrebina* (hispano-arábiga), han merecido los honores de la historia el mallorquín Dulcert, famoso cartógrafo, y los geógrafos catalanes que se vanaglorían de que Cresques haya fraguado el monumento que se conoce con el nombre de *Carta Catalana*, donde refiere el viaje de Jaime Ferrer a Río de Oro en pleno siglo XIV. Dicha Carta, por su precisión y riqueza de datos, es uno de los más fuertes prestigios de la geografía española medieval.

¿No es verdad que en la náutica naciente del siglo XV no hay derecho para hablar de la ignorancia de los españoles?

Además, sin quitar a Colón ni una letra del poema maravilloso de su gloria mundial, podemos decir que el Almirante era

menos marinero que Vicente Yáñez, menos geógrafo que Juan de la Cosa y menos bravo que el formidable Martín Alonso, que cuando Colón empieza a vacilar a los dos meses de navegación y pregunta al marino de Palos qué debía hacer con los tripulantes de la *Santa Marta* que empezaban a impacientarse, Martín le dice: —Cuelgue vuesa merced de una antena a los descontentos. Mi hermano y yo iremos hasta el fin porque así lo quieren nuestros Reyes.— Colón contesta: —¡Benditos seais vosotros!— indicando con estas palabras el refuerzo moral que la contestación de los Pinzones le puso en el alma.

Además Colón tenía bien metido en el entendimiento el error de Ptolomeo que suponía al meridiano terrestre siete mil kilómetros más chico que la realidad; así, cuando llega al continente nuevo no cree que éste sea lo que es, sino que aquellas tierras son las del Catay de Marco Polo que él buscaba. No, el Catay estaba diez mil kilómetros más al poniente que las tierras descubiertas. Por causa de este transcendental error colombino murió el Descubridor sin saber que lo que había descubierto era un mundo nuevo.

Así, pues, el simpático y sapientísimo hombre de libros don Fernando Colón, no está en la firme cuando para alzar a su padre denigra la ciencia de los españoles.

La otra inculpación que nos hace el creador insigne de la Biblioteca Colombina es la de que a su padre no se le ayudó en España lo que era debido y justo.

¿Que no le ayudamos? Entonces ¿quién da a Colón el dinero, los hombres y los barcos para la ejecución de su proyecto; y qué gobierno le entrega el poder, la autoridad y los medios heterogéneos de la complicada empresa? ¿No es el de España? ¿Qué amigos le alientan? Ahí están Quintanilla, Santángel, el Cardenal Mendoza, Fr. Diego de Deza, y los Duques de Medinaceli y Medina Sidonia, generosísimos con él. La Rábida le abre sus puertas y su corazón y cuando él fracasa personalmente con los hombres de gobierno de doña Isabel, Fray Juan Pérez le hace volver a las definitivas negociaciones del viaje. Es decir, Colón descarrila y la Rábida le pone definitivamente en carril. Los Pinzones ponen sus barcos y su dinero. Don Fernando el Católico, el magnífico rey, lo aliende y protege. La

reina más grande de la Historia lo comprende y se sacrifica por él, y finalmente el pueblo, que es la mano de obra del Descubrimiento, llena las naves y va con él al sacrificio y la muerte. ¿Quiere más don Fernando Colón?

Si España no hubiera estado madura para la empresa colombina seguramente no realizara el gran navegante las gloriosas singladuras del viaje inmortal.

Es un error grave la creencia de que puedan surgir los hechos que hacen progresar fuertemente a la humanidad, por la actuación de un hombre aislado y distinto de su tiempo. Eso es un absurdo. Las naciones adelantan en una determinada dirección cuando el hombre que va a dar el singular empuje ha tomado de la sociedad que le rodea los elementos iniciales y productores del triunfo. Colón dió a España su decisión fuerte e inquebrantable de ir a Oriente por Occidente buscando un camino nuevo y más fácil para las Indias orientales, y España le ayuda, le alienta y pone a su disposición todos los elementos morales, intelectuales y materiales de la victoria.

Así, pues, don Fernando Colón por disculpables consideraciones domésticas, y los escritores que se apoyan en él cimentando una buena parte de los orígenes de la *leyenda negra*, han inferido a la escultora de mundos, blanqueadora de razas, ínclita y generosa Patria española, agravios que ya, gracias a Dios, han perdido su fuerza de desprestigio, porque la crítica moderna, más humana, más comprensiva y más imparcial, pone a España en la cumbre de las naciones descubridoras y colonizadoras. El imperio de España es cristiano y civilizador como ninguno. De todas las águilas del mundo es la española la de vuelo más sereno y señorial, la de vuelo más alto, porque toca en los mismos cielos. Esto lo dicen ya todos los hombres que estudian la Historia con espíritu de justicia.

¡Arriba España!

MANUEL SIUROT